

# Prólogo

Hemos entrado de lleno en el siglo XXI y, con la misma exactitud que en los últimos años del siglo anterior, podemos afirmar que la ortografía sigue siendo una de las asignaturas pendientes de la lengua española. Pendiente, por un lado, de una rigurosa y completa esquematización oficial de las normas por las que se rige y, por otro, de un estudio y exposición adecuados, por parte de los educadores, para que los alumnos y usuarios en general de la lengua las hagan suyas desde las edades más tempranas y puedan así entenderla y practicarla con propiedad.

La ortografía del español, más simple que la de otras lenguas de cultura, es, pese a ello, todavía compleja, más allá de lo que se sugiere cuando, sin el conocimiento previo necesario, se asegura demasiado alegremente que es una ortografía fonética.

Para justificar su general desconocimiento se alega, no sin razón, su dificultad intrínseca. Es cierto que corresponde a la Academia la ordenación, simplificación y codificación en materia ortográfica. Sin embargo, reconocido esto, hemos de tener en cuenta también la desidia y el desinterés con que alumnos y usuarios se enfrentan a esa dificultad. La ortografía tiene una

estructura y unos contenidos, y una y otros deben ser asumidos si queremos contribuir a su dominio.

Tratar de destacar la importancia de la ortografía como código de comunicación humana tiene mucho de redundante, pero es preciso hacer hincapié una vez más en ello. El manejo de este código requiere un aprendizaje que no es fácil ni placentero. Estas dificultades dan como resultado la existencia de universitarios que no saben estructurar su pensamiento a la hora de expresarlo por escrito y de usuarios del lenguaje que no son capaces de pergeñar cuatro líneas seguidas sin sufrir tres dudas ortográficas, sea del campo de la letra, de la sílaba, de la palabra o, con tanta o más frecuencia, de la frase. Es cierto que la lectura constante ayuda a retener la forma de las palabras tal como aparecen en su contexto, pero esto no basta para dominar el código ortográfico. Se necesita, sin duda, la memorización de sus reglas y excepciones y la comprensión de su estructura interna. Aquí hay que poner de manifiesto el importantísimo cometido del profesor, entre cuyas funciones no es la menos destacada esta de transmitir y hacer comprender a sus alumnos el entramado en que se apoya la ortografía, arma básica para la

adquisición, desarrollo y transmisión de los restantes conocimientos culturales.

Con la presente obra trato de contribuir a superar las dificultades que el conocimiento ortográfico conlleva. Para ello, en cada caso se aportan todos los datos que permitan una comprensión lo más completa posible de los hechos ortográficos, desde su historia hasta su actualidad, desde la teoría hasta la práctica. Las materias, estructuradas según un sistema que va de lo más simple (no necesariamente lo más fácil) a lo más complejo, se relacionan entre sí mediante una tupida red de remisiones. Aunque en algún caso tales datos pudieran parecer excesivos, he creído preferible presentar todos los elementos pertinentes y que sea el profesor, el estudiante o el usuario quien prescinda de aquello que le parezca poco provechoso en un momento determinado de la formación ortográfica. Sabrán que la información está ahí para aprovecharla en el momento en que lo crean necesario.

La obra se divide en dos grandes partes que aquí llamo *libros*; en el primero se estudian los hechos pertenecientes a la ortografía usual y en el segundo lo atinente a la ortografía especializada, cuya parte fundamental es la ortotipografía. El tratamiento de este segundo libro se imponía especialmente por la rápida generalización de la grafía utilizada en informática, a la cual tienen acceso cuantos dispongan de un ordenador y unos programas de tratamientos de texto o compaginadores, que les permiten escribir, formatear y organizar todo tipo de textos. Esta incursión en la ortotipografía para usuarios no tipógrafos está también justificada por un hecho evidente: casi la totalidad de las realidades ortográficas nos llega de la mano de lo gráfico, de lo impreso, no de lo manuscrito o mecanográfico como mayoritariamente sucedía con anterioridad a la entrada del ordenador en nuestras vidas. Si a ello añadimos el fervor con que se han recibido las facilidades que los programas ofrecen

para la composición de textos, comprenderemos que por primera vez en una obra ortográfica se incluya lo esencial de la ortotipografía.

La materia se ha dispuesto de manera que sea útil al profesor en la preparación de sus clases; al alumno, para seguir de cerca las explicaciones del profesor y comprender y memorizar las reglas ortográficas, y al usuario en general, para aumentar sus conocimientos de la materia y hacer frente a los retos que la sociedad le presenta. Muchas personas lamentan, una vez abandonados sus estudios e inmersos en el tráfigo de la vida, su escaso nivel de conocimiento ortográfico y desearían aumentarlo. Sabido es que una buena ortografía (valga la redundancia) es la mejor tarjeta de presentación en cualquier situación humana en que uno tenga que expresarse por escrito. Las faltas de ortografía son como heridas del texto, heridas sangrantes y en algunos casos escandalosas. ¿Cuántas veces no hemos descubierto sonrisitas disimuladas ante grafías como *herótico, eroico, havichuelas, paysage, caye* y otras similares? Las dudas ortográficas son infinitas, y asegurar que uno domina la ortografía por completo es una temeridad, ya que en este terreno es fácil caer en falta. De aquí la importancia de disponer de un texto que ofrezca, con más profundidad de lo que es habitual en este tipo de obras, todos los aspectos importantes de la ortografía, las bases de que se derivan sus reglas y excepciones y el porqué de muchas decisiones académicas. La consulta de estos aspectos queda notablemente facilitada por la ordenación sistemática de sus contenidos.

Como se ha apuntado, por primera vez en una obra de este tipo, se afrontan aquí los problemas de la ortotipografía, es decir, de la grafía técnica y tipográfica aplicada a las obras científicas y técnicas. Si importante es conocer las normas generales de la ortografía, lo que designamos como *orto-*

*grafía usual*, no lo es menos el conocimiento de las normas de ortografía tipográfica, es decir, lo que conocemos como *ortotipografía*. Piénsese que en la actualidad prácticamente toda la información escrita que recibimos nos llega en forma de letra impresa: libros, diarios, revistas, letreros, muestras comerciales, paneles indicadores, etcétera, o digitalizada: ordenador, correo electrónico, Internet... Hasta ahora no era imprescindible saber por qué una palabra o frase, de pronto, en un contexto de letra normal o redonda, aparecía escrita en cursiva, versalita, negrita o una combinación de varias de estas clases de letras. Hoy este conocimiento es imprescindible si queremos profundizar en los valores que las palabras y las frases adquieren al dejar de escribirse en letra normal. Y para los expertos, los profesionales de la escritura tipográfica, es importante asimismo saber cómo se organiza la información (alfabetización) y cómo se dispone (notas, citas, citas bibliográficas, bibliografías, índices, cuadros, esquemas, etcétera), así como conocer los diversos elementos gráficos que

nos permiten formar un discurso coherente y fácilmente entendible por el lector. A todo ello se dedica el libro segundo de esta obra.

En relación con esta parte, no son pocos los problemas que aún subsisten en la tipografía española. En algunos casos, por tratarse de extranjerismos tipográficos que deberían desecharse en favor de nuestra tipografía. En otros, por el enfrentamiento entre soluciones lingüísticas y soluciones tipográficas a los mismos problemas. En ningún caso he rehuido el tratamiento de tales problemas, por arduos que sean. Y he tratado de ofrecer al lector la solución más acorde con las normas de la tipografía tradicional española, sin por ello rechazar, cuando no hay claras razones para ello, soluciones modernas a viejos problemas. Después de escrito este libro sigo pensando que normalmente algunos problemas pueden resolverse de varias maneras. La cuestión, entonces, reside en acertar con una solución coherente.

José MARTÍNEZ DE SOUSA